

de la horrible muerte del perseguidor todos esperaban ver al P. General volver á tomar su cargo, y aquel honor recaía en el indigno P. Cherubini! Era increíble, y de todas las Provincias partió un grito unánime de reprobación. Los Padres de Roma, que estaban más al alcance de todo, se reunieron inmediatamente para deliberar; no se había publicado aún el Breve, y para que todo en este asunto sea asombroso, no se publicó jamás. Los cuatro Asistentes antiguos destituidos, los tres nuevos que habían hecho dimisión, los Provinciales que se reunieron en Roma, muchos Padres de Alemania, teniendo á la cabeza al distinguido P. Onofre Conti; en una palabra, todos los Padres que pudieron reunirse, tuvieran ó no tuvieran cargos, subscribieron un memorial tan claro y preciso como enérgico, y lo dirigieron á los cinco Cardenales de la Congregación. Pedían en nombre propio, y en nombre de todos los Padres dispersos que fuera restablecido su General en su cargo, y si no podía hacerse inmediatamente, que fuera confiada la autoridad á dos Asistentes elegidos por unanimidad para ayudar al Visitador, según el Breve de Su Santidad que lo había nombrado; pero que en ninguna manera se confiase el poder á tan desacreditado Religioso, como era el P. Esteban Cherubini: No podían ser más explícitos. El P. Visitador eligió á los dos Profesos más antiguos de las Escuelas Pías para enviar aquel memorial á la Congregación.

Se notará en todo el curso de esta relación, que aquel Visitador, digno cómplice de Mario y de Cherubini, guardaba una actitud correcta é intachable, cuando trataba con los Padres; pero cuando estaba lejos, era su mayor enemigo, y su más grande detractor. Así comenzaba la súplica presentada por los dos diputados. «Los dos diputados designados por el P. Visitador para presentar la súplica que tiene por objeto establecer un buen gobierno en la Sociedad de las Escuelas Pías, en unión con los antiguos y nuevos Asistentes, con los Provinciales que están en Roma, y con todos los Padres que han subscripto el memorial dirigido al Eminentísimo Cardenal Roma, afirman con juramento, que no será Dios servido, ni será bien gobernada la Religión, si se transmite la autoridad al P. Esteban Cherubini, cuya vida está en el mayor descrédito y de la manera más notoria. Si alguien se presenta á examinar la causa y á escuchar las pruebas, todos declararán jurídicamente. Y si se quiere conocer las faltas del P. Cherubini, que se dirijan al P. General que se halla bien informado». Viendo que nadie quería oírlos, y que el Asesor cerraba todas las salidas, suplicaron los Padres al Santo que escribiera un memorial, exponiendo las faltas más graves del P. Cherubini, conocidas de todos y probadas en un proceso de información, la incapacidad en que se hallaba para ocupar cargo alguno, las instancias de los dos últimos Capítulos Generales para privarle del cargo de Procurador General, y en fin, después de haberle perdonado, la necesidad en que se halló de privarle de su oficio á causa de su mala con-

ducta. No se necesitaba tanto al parecer para impedirle llegar á ser Vicario, y entonces verdadero Superior General de una Sociedad que no lo quería en manera alguna, ni por su honor ni por su tranquilidad. Si no ha olvidado el lector las severas é injustas inculpaciones del Cardenal-hermano á nuestro Santo, por no haber perseguido á Cherubini, protegido por el Cardenal sobriño, admirará sin duda estos cambios de las cosas humanas, y lo atribuirá todo á la fatalidad, si no tiene fe en la Divina Providencia, sino tiene la felicidad de ser cristiano.

No fueron menos enérgicas las reclamaciones de todos los Padres de las siete Provincias. La forma de la circular los dejó asombrados al principio; se les ordenaba reconocer al P. Esteban como Superior universal y único de toda la Sociedad. Entonces, los Provinciales y los Ministros, título de los Superiores locales, (1) no eran más que sus delegados contra lo dispuesto en las Constituciones y en el mismo Breve Apostólico que había nombrado al P. Visitador. Durante los dos últimos meses de 1643 y el primero de 1644, todas las casas de Italia unieron sus preces á las de los Padres de Roma; pidiendo que se les devolviera su Padre General, que se le diera un Vicario, si había necesidad, pero nombrado según las Constituciones, y no aquel P. Cherubini á quien jamás reconocerían como Superior.

No era de su opinión el P. Visitador. Había hallado en Cherubini un hombre hábil, capaz de servir á sus designios, esto es, de destruir la Orden, haciendo imposible su existencia. ¡Desgraciado! no le había asustado el fin de Mario. No sabía que le amenazaba á él un fin tan terrible. De común acuerdo con el Asesor, sostuvo la causa de Esteban ante la Congregación de Cardenales; y después, á fuerza de amenazas, de censuras y de otras penas eclesiásticas, obligó á aquellos buenos Religiosos á recibirle como Superior; pero no pudo forzar las simpatías, con lo cual se aumentaron las dificultades, hasta la extinción casi completa del Instituto, único objeto de sus maniobras. Unidos en un mismo pensamiento, trabajaron para llevar la desunión á todas las casas, enviando individuos discolos con que podían contar; y cuando estaba bien cimentada la discordia, hacían caer la falta sobre el General que ninguna parte tenía en ella. De aquella manera, aquel excelente P. Apa, Ministro de la casa de Florencia, escribía al Visitador á fines de 1644. «Nos han enviado aquí al P. Agustín, que, según V. dice, no lo ha enviado V., sino el P. General. Posible será, pero no se á quien atribuir la obstinación de tenerlo aquí, siendo causa de tantas disensiones. Nuestro Padre desea la paz de nuestra Religión, y si él fuera la causa de estas discordias, sabría muy bien sosegarlas. Creo que todo se hace con dañada intención; pues, pudiendo poner remedio á tantos males, no se quieren escu-

(1) Hoy se llaman Rectorés.

»char las súplicas de nuestra familia.» De todas partes llegaban protestas semejantes.

La conducta de Cherubini y la de Mario fueron idénticas con respecto á nuestro santo anciano. Sabiendo que el Visitador habia aprobado todas las fechorías de Mario, creyó darle pruebas de su reconocimiento por el beneficio de su elevación, obrando lo mismo que aquél. Envidioso del cariño y del afecto que profesaban todos á su General, cuando él era objeto de aversión, se vengó cargándole de desprecios, oprimiéndole y rebajándole en todas las circunstancias. Después de la separación del Padre Bandoni, su Secretario, le ayudaba un Padre á escribir la correspondencia; Cherubini se lo quitó: «¡Qué desgracia!, escribía á Mesina el 31 de diciembre de 1643, ¡tener que escribir á veces cartas urgentes sin tener nadie que me ayude!»

En otra parte hablaremos largo de los ultrajes inferidos por Cherubini á nuestro Santo. No sólo le tributaba José honor y obediencia, interior y exteriormente, como á su Superior, sino que exhortaba á sus Padres á la sumisión y á la humildad. Un día, siendo aún dudosa y controvertida la Superioridad de Cherubini, en vista de las noticias de oposición que de todas partes llegaban á Roma, se dirigió á San Pantaleón el P. Visitador. Reunió la Comunidad en el Oratorio, y les aconsejó que reconociesen por Superior á Esteban durante algunos días, hasta que la Congregación de Cardenales restableciera al Padre General en su cargo. Todos guardaron silencio sepulcral; pero apenas terminó el Visitador, estalló por todas partes el murmullo con la mayor vehemencia. Se les habia engañado tantas veces, que la irritación llegó á su colmo. Los bribones son siempre cobardes: temió Esteban una sublevación general y los insultos consiguientes. Asustado, corrió á la celda del General que estaba contigua al Oratorio, y poniéndose de rodillas á sus pies, le suplicó que acudiese en su auxilio. Levantóle José, y le abrazó con todo el afecto de un padre tierno; tomándole después de la mano, lo condujo al Oratorio, exhortó á los Religiosos á que le respetasen, y le prestasen obediencia, siendo él el primero en ponerse de rodillas y besarle la mano en señal de sumisión. Conmovidos los Religiosos, quedaron estupefactos á la vista de tanta mansedumbre y humildad ante un hijo tan monstruosamente ingrato, ante tan cobarde y tan perverso enemigo. Cedieron muchos por no contristarle, pero otros no tuvieron valor para tanto. ¡Ah! ¡si hubiera querido José ponerse á la cabeza de la oposición!... hubiera triunfado infaliblemente con el apoyo de semejantes hijos, pero no llevaría en su cabeza con tanto brillo la aureola de los Santos.

En medio de tantas penas recibió un golpe más que le causó extremado dolor: nuestro Santo habia perdido ya la cuenta. El 15 de enero de 1644 murió el protector de su Orden, Cardenal Cesarini, precisamente cuando le iba á ser más necesario su auxilio. De este modo le faltaba todo á la vez, para que sobre

él se cumplieran los designios de Dios. En una carta á su excelente P. Berro, manifestaba todas sus penas: «A las cuatro de la mañana, y después de breve enfermedad, se ha ido á gozar de la vida inmortal nuestro Protector el Cardenal Cesarini. Hagan oración por él, porque fué verdaderamente nuestro Protector y nuestro abnegado amigo». Ya no le quedaba esperanza sino en Dios, en la Santísima Virgen y en la justicia manifiesta de la causa de su Orden, justicia que se obstinaba en creer que habia de encontrar tarde ó temprano la Congregación. Y en efecto, no le faltaban defensores, si se hubiera querido oírlos. El 3 de enero le escribía el Obispo de Magliano, sufragáneo de Sabina. «Espero que los que han de sentenciar hallarán vuestra Religión establecida sobre buenas bases, llena de excelentes ejemplos, y segura por su doctrina. En cuanto á mí, si estuviera presente, afirmaríame en alta voz, perfectamente convencido que envíe mis sobrinos á vuestras Escuelas en los tiempos de la fundación de vuestra Orden, y que estoy muy satisfecho de su buena educación en los diversos ramos de los conocimientos humanos. Hasta los más pobres encontraban todas las facilidades para adquirirlos».

El 29 de julio de 1644 murió el Soberano Pontífice, Urbano VIII. Este Papa figura entre los mejores, y en la Introducción de esta obra lo hemos juzgado ateniéndonos á las aseveraciones de la historia. En un principio favoreció en gran manera al General y á las Escuelas Pías; pero no eran las mismas las simpatías que por ellas sentía al fin de su vida. Absorbido el Papa por los negocios de la Iglesia, no pudo verlo todo por sí mismo. Mario se habia ganado la protección y la confianza del Asesor del Santo Oficio. El Asesor, por el Cardenal sobrino Francisco Barberini, gozaba de la privanza del Papa. ¿Cómo podía llegar hasta él la verdad? También fué un gran Papa su sucesor: veremos las tristes influencias que le rodearon durante su Pontificado, que alcanzaron bien á nuestro Santo.

Ante las reclamaciones incesantes del Instituto entero sintió el Visitador la imperiosa necesidad de justificarse. Las acusaciones eran formales, y como se ha visto, no admitían evasivas: trató de sincerarse en una carta circular del 7 de febrero de 1644. Les echa en cara primero el memorial dirigido á la Congregación de los Cardenales, pidiendo la reintegración del General, como si no hubieran estado en su derecho, y lo que es más duro todavía, el haber querido impedir el nombramiento del P. Esteban antes de una información jurídica: «Cualquiera que sea la opinión que de mi conducta se han formado muchos, quiero dar cuenta de mis actos. En el discurso que en mi Visita pronuncié en San Pantaleón, declaré que era mi designio unir los dos partidos, cumpliendo dos deberes que impone Dios al Profeta, el primero *ut evellas et destruas*, el segundo, *ut aedifices et plantes*. Comencé por escuchar personalmente á cuantos quisieron ser oídos, y pregunté mucho para tener cabal co-

»nocimiento de la Religión. No pudiendo visitar todas las casas »de fuera de Roma, escribí á cada una que me enviasen por »escrito las observaciones que quisieran hacer. Tomé siempre »consejo de los Asistentes nombrados, hasta que tres de ellos »hicieron dimisión de sus cargos, y se me dió orden de gobernar »con uno solo. Se me ha acusado falsamente de querer destruir »la Religión, de impedir la reintegración del P. General, y de »haber pedido un Breve para nombrar al P. Cherubini Vicario »General. Son estas las causas principales de la discordia.» Eran efectivamente las únicas. En seguida el Visitador trata de justificarse de estos tres extremos, cosa bastante difícil, como se ve por la relación que hemos hecho. Sin él todavía hubiera sido General José, y si había alguna mancha en la Orden, tenía todo lo que necesitaba para reformarse por sí misma sin necesidad de poner en movimiento á tantos Prelados, Cardenales, Congregaciones que, mal informados por perversos individuos, no hacían más que embrollar el asunto, haciéndolo imposible, en lugar de establecer la paz en una Orden que, después de todo, era tan útil á la Iglesia.

No se dejó esperar la respuesta concertada entre todos los Padres de los diferentes Colegios; aplastadora fué la refutación de todos sus puntos. Se acusaban al principio de no haber sabido antes que era él el que se arrogaba el derecho de destruir su Orden, y de no haber conocido á tiempo la cizaña sembrada por él, al nombrar los Visitadores, los Poviales y los Ministros más indicados para sembrar la discordia. En las casas donde reinaba la unión más perfecta, sus emisarios escogidos con la más solícita perfidia, lo habían trastornado todo, con gran escándalo de los seglares que no ignoraban la causa. Había promovido á la cléricatura y al sacerdocio á Coadjutores absolutamente ignorantes, falsificando, ó permitiéndoles falsificar la fe de bautismo, para hacer creer que habían hecho la profesión antes de los veintiún años. «Dice V. R. que ha hablado »personalmente á todos: es falso, todavía no ha preguntado nada á nuestro Padre General, fundador y Jefe de nuestra Orden, »ni á los antiguos Padres Asistentes, ni aun á los tres Asistentes »nombrados por el Breve del Soberano Pontífice; y sin embargo, »exigían la razón y la urbanidad que en un asunto de tan capital importancia, *de summa rerum*, se hubiera informado V. R. »antes que de nadie, de nuestro Fundador, y después de sus »Asistentes antiguos, y finalmente, de los que había nombrado »el Soberano Pontífice.» En vez de hacerlo así, no había consultado más que á los pocos partidarios de Mario. Se vanagloriaba de haber mandado Visitadores á todas las Provincias: era cierto, pero los había escogido únicamente entre los de su partido, y las preguntas que debían hacer tendían todas á la destrucción del Instituto. Debían preguntar á todos: ¿Qué juzgaban de la validez de las Constituciones?—¿Creían si era ó no válida la profesión?—¿Pensaban si podía practicarse cada una de las

Constituciones?—¿Tenían alguna queja del gobierno de la Orden?—¿Sabían si era vitalicio el P. General?—¿Qué pensaban de la extensión tan considerable de la Orden? ¿qué de los rigores de aquella vida, y de la manera de ser tanto interior como exterior?—¿Qué quejas tenían que presentar?—¿Estaban cansados de los ayunos prescritos por la regla? Todas aquellas preguntas eran igualmente pérfidas, y como se deseaba tener respuesta á gusto del Visitador, no se habían hecho á todos los Religiosos: se había preguntado únicamente á los que aparecían descontentos. El P. Martini le había pedido permiso para pasar á otra Orden á causa del trabajo de las Escuelas que no podía soportar. Se aprovechó el Visitador, y le obligó á dejar constancia de sus quejas para poder servirse de ellas. El P. Martini le contestó con dignidad «Nada malo encuentro en la vida de »mis hermanos, y acusarlos sería mentir. Todos viven en perfecta caridad; apenas conocen los primeros elementos de la »Religión, hacen cuantos esfuerzos pueden para llegar á la cumbre de la perfección.» Gloriábase el Visitador de la equidad de su gobierno, y el memorial le contestaba. «Durante los primeros meses, cuando gobernaba con los cuatro Asistentes, se »lisonjearon de que irían bien las cosas, y se sometieron. Pero »al verle que se arrogaba toda autoridad primero con Mario, y »con Esteban después, sin haber obtenido un Breve que derogara el primero, ya no pudieron considerar equitativa su autoridad. Si se envanecía por haber recibido la orden de gobernar »con uno solo, sin nombrar al que le había dado orden semejante, él y Mario habían arrancado aquella decisión al Asesor.» Como se ve, aquel memorial que hemos cortado bastante, no dejaba nada sin respuesta, y las respuestas eran contundentes. Pero ¿qué importaba? no se dirigían más que al Visitador, y el Visitador las conocía mejor que ellos. No paraba allí el memorial de los Padres; seguiremos haciendo el análisis. Debe conocer el lector cómo llegaron á la destrucción de las Escuelas el Visitador y su cómplice. Gloriábase de haber dado un informe muy favorable al Instituto ante la Congregación de los Cardenales, y de que se le calumniaba indignamente, diciendo que quería destruir la Orden. No somos nosotros, decían los Padres, son los seglares, son los Religiosos de otras Ordenes: desde el nombramiento de V. R. han dicho y continúan diciendo que V. R. ha de destruir el Instituto de las Escuelas Pías. Los mismos Religiosos de su Orden, sus mismos Hermanos continuaban propagando aquel rumor. Que seguía en una Visita que no debía durar más que dos ó tres meses; que no había podido llegar á conseguir su objeto; y que no la terminaría hasta que la Religión dejara de existir. Sólo él había pedido la extinción de la Sociedad, pues no convenía su extinción á Mario ni á Cherubini, á los cuales les servía la Religión para poder mandar, ni convenía tampoco á otra Orden que á la suya, porque todas las amaban y los llamaban á todos los lugares. Sabían

muy bien que les era favorable el informe dado públicamente por el Visitador, pero sabían también que los informes secretos dados al Cardenal-sobrino eran muy diferentes.

Pretendía el Visitador haber hecho cuanto había podido para reintegrar en su cargo al General, y los Padres le contestaron: «La decisión del Papa y de los Cardenales depende del informe del Visitador; pero el General no ha sido reintegrado aún; y es que el Visitador ha dicho y escrito contra él las más negras calumnias. Quiere dar gusto al P. Cherubini, como lo dió antes á Mario, resistiendo á su propia conciencia que le está hablando de la santidad del Padre José, y de la justicia de su causa. Y aunque el Papa, los Cardenales y el Asesor sean parciales en esta ocasión (sic), no pueden guardar silencio, y dejar que impere la injusticia. Lo sabemos, lo hemos visto, lo hemos oído: V. R. no busca la reintegración de nuestro General».

En su circular había tenido el Visitador la audacia de sostener que jamás había pensado en pedir un Breve para nombrar Vicario General al P. Cherubini. No le escatiman los Padres las razones. Miente con el mayor descaro, porque su circular es del 7 de febrero de 1644, y el P. Esteban había sido nombrado Vicario al día siguiente de la muerte del P. Mario, 10 de noviembre de 1643; además, que á pesar de cuanto afirmaban, aquel Breve había sido considerado apócrifo y subrepticio, y él había hecho admitirlo como auténtico, diciendo que lo sabía mejor que nadie, puesto que lo había hecho comunicar. Y sobre todo, estaba el testimonio irrecusable de su propio General. El mismo le había escrito al P. Berro el 20 de agosto siguiente. «Se obedece al P. Esteban á causa del Breve arrancado por el Visitador al Cardenal Roma, Prefecto de la Congregación. He ordenado que se le preste Obediencia, aunque ese Breve no ha sido publicado en ningún lugar, ni aún en Roma».

Como se ve, era terminante aquella respuesta de los Padres que acordaron lo mismo en todas las provincias. Es un documento histórico del mayor interés, que arroja completa luz sobre aquellos increíbles sucesos. Pero fué enteramente inútil: ni poco ni mucho se desalentaron los dos cómplices: la venganza debía venir sólo de Dios que jamás faltó á su hora.

A su vez, á pesar de su edad, de sus penas y de sus enfermedades, no estaba inactivo José. Aquel viejo tan imbécil—era la ordinaria injuria de sus enemigos,—defendía la causa de su Instituto con toda la habilidad posible, sin desalentarse con la certidumbre que tenía de la inutilidad de sus esfuerzos. Hacía mucho tiempo que se lo había dado á conocer el Señor; y sin embargo, nada perdió de su energía. Era ya cosa hecha, lo sabía perfectamente, pero serviría en su día el trabajo que entonces ponía inútilmente. Pasados algunos años, se calmarían las pasiones, se haría escuchar la voz de la verdad, y en la balanza de la justicia se pesarían todas las piezas del proceso: había necesidad de prepararlas. Su causa personal era algo muy dife-

rente de la causa de su Instituto y de sus queridos hermanos. Para él todos los ultrajes y todas las humillaciones, que aceptaba sin resistencia, considerándose muy feliz. Aquella paciencia y aquella resignación admirables fueron acaso el carácter saliente de su santidad. Sus perseguidores que no supieron comprenderlo lo atribuían á la decrepitud de su inteligencia. Pero, cuando se trataba de su Orden, hervía en él la sangre heroica de los Calasanz, y combatió sin desalentarse hasta el último momento de su vida. Se ha confundido demasiado la sed de humillaciones personales con la debilidad de carácter, y al Santo resignado con el Superior sin energía. El fin de esta triste historia probará que existían en él las dos cosas, resignación é invencible energía de alma. Se han conservado todos los documentos del proceso, se examinaron todos con ese escrupuloso cuidado que pone la Iglesia en la canonización de sus Santos: el promotor de la fe hizo cuanto puede hacerse humanamente para defender la causa de sus adversarios, para hallar á José en falta en un solo punto; pero el Papa, que puede equivocarse en los actos de su administración, es infalible en la canonización de los Santos, y José fué justificado, rehabilitado, como no ha sabido hacerlo el tribunal humano, al ser puesto en los altares, donde estará hasta el fin de los siglos. Mas aún, no fueron enteramente perdidos en el mundo sus esfuerzos; fué destruida su Orden, pero no lo fué enteramente: no se disgregaron sus mejores elementos, descartadas todas las escorias por la persecución; y algunos años después se encontraron más fuertes y mejor preparados para la reconstrucción de la Sociedad, como no cesaba de anunciarlo José.

Ante todo era necesario impedir que la Congregación de Cardenales destruyera la Orden, ya que á instancias del Visitador se había puesto sobre el tapete aquella cuestión. Nuestro Santo hizo que el Abogado consistorial, Francisco Firmiani, escribiera un memorial, proporcionándole él todos los datos, y atendiendo con solicitud á su ejecución, trató de que lo defendiesen los Abogados más célebres de Roma. Demostraba en él sucesivamente la validez de los Breves de la institución y de la erección de la Sociedad en Orden de votos solemnes, de la aprobación canónica de sus Constituciones después del más severo examen de la Congregación de los Regulares. Sus adversarios discurren una nueva violencia: si la admitían los Cardenales, el Instituto quedaría destruido en su substancia, en su esencia. Las Escuelas Pías, decían, hacen el mayor mal á la República cristiana, educando á los hijos del pueblo. Pudieran pasar, si no les enseñansen sino á leer, escribir y contar, pero haciéndoles seguir todas las demás clases, pronto nos encontraremos sin sirvientes y sin cocineros en tiempo no lejano. Efectivamente, y en vano trataríamos de disimularlo, había de por medio un negocio de cocina, y había también una Orden Religiosa muy ilustre que empleaba todos los medios imaginables para que se prohi-

biese á los Padres de San José de Calasanz la enseñanza secundaria. Como se ve, la oposición venía de todas partes; la maldad de los adversarios directos hallaba eficaz ayuda, aunque desde otro punto de vista, en los personajes más hábiles, más poderosos y más santos. ¿Cómo hacer llegar la verdad hasta el Papa en medio de tantos intereses que se oponían y chocaban entre sí? No analizaremos la larga respuesta del Abogado de San José: según el gusto de la época, trae el testimonio de Esparta y de Atenas, de Cicerón y de Demóstenes. A nosotros nos agrada más el ejemplo más moderno de Sixto V y de Alejandro VI que salieron de las esferas más humildes de la sociedad para llegar á la Soberanía Pontificia: era un argumento *ad hominem* más concluyente que el de Cleanto, Epicteto, Carlomagno y cien más que hace desfilan el erudito defensor. Por lo demás hacía ya años que estaba resuelta la cuestión. Fernando II de Toscana había consultado á su teólogo antes de admitir en sus Estados las Escuelas Pías. Este opuso las mismas dificultades, pero el príncipe le contestó simplemente. «La ignorancia hace al hombre igual á la bestia: queremos reinar sobre hombres antes que sobre bestias». Y efectivamente, cuarenta años de experiencia respondían á aquellas dificultades. Sólo en las Escuelas de Roma se educaban cada año algunos millares de niños, y no se había conocido la escasez de *cocineros* y de la demás gente de servicio. Obligados los pobres á hacer trabajar á sus hijos para darles de comer con lo que ganaban, los dejaban poco tiempo en la Escuela, apenas el necesario para aprender á leer, escribir y contar: Sólo seguían los estudios los más inteligentes, y era precisamente lo que se había propuesto San José en su fundación. No tenía réplica aquella respuesta; pero no produjo efecto alguno: ¡tanto era el poder de sus adversarios! Por lo demás, y hay que tenerlo presente, ya no se trataba de las odiosas calumnias de los enemigos de Calasanz: aquella dificultad tenía mucho de especiosa y discutible, aunque inspirada por un interés privado, y por la rivalidad de un Instituto Religioso. Debía ser pesada y discutida; por eso la trata largamente José concluyendo con un argumento de muchísima fuerza: el número prodigioso de Ciudades, de Estados, de Prelados y de Príncipes que piden aquellas Escuelas para sus hijos es un hecho patente desde el Norte al Mediodía; es una especie de sufragio universal; no hay necesidad de hacer la prueba, está ya hecha hace muchos años, y nadie ha encontrado los inconvenientes señalados. Espérese á que se produzcan para suprimirlas. ¿No reciben también á los niños pobres las otras Ordenes que enseñan gratuitamente? Nadie se ha quejado, porque nadie ha visto esos enojosos resultados puramente fantásticos.

Con toda energía y con lucidez poco común defendió el Superior su causa á los 88 años: pero se sirvió de otros medios más eficaces para hacer triunfar la verdad, haciendo que orasen los niños más inocentes de sus Escuelas, y es cierto, y no hay

que olvidarlo, eran las almas de aquellos pobrecitos las que se jugaban en aquel proceso. Aquellas almas eran la única razón de existencia del Instituto, y por ellas había que trabajar para librarlo del naufragio. El 5 de marzo de 1644 escribía á Génova: Haga V. R. que oren los niños más pequeños por el buen éxito de nuestra causa. Se va á reunir la Congregación de los Cardenales, y espero que el Señor tendrá piedad de nosotros. Se han conservado otras muchas cartas por el estilo; pero ¡cuántas se han perdido! Feliz el Instituto que puede contar con la inocencia de los niños para ganar sus causas. No conoce semejantes medios la habilidad de los Abogados.

Reunióse en efecto, la Congregación de los Cardenales el 10 de marzo. Con prolijidad suma se examinaron todos los Breves anteriores aprobatorios del Instituto, y se declaró que no había habido ni malicia ni engaño ni en la Orden, ni en sus miembros, ni en las Constituciones para poder llegar á la abolición. Conviniere en que no había Orden Religiosa que contase con un origen más correcto y más canónico. Todos admiraron aquel punto de partida que era incontestable; pero dijeron muchos que si no había motivo alguno para abolir el Instituto; sin embargo, no faltaban motivos para determinar al Papa á reducirlo á simple Congregación. Opinaron otros de diferente manera, admitiendo todos que en ciertos capítulos debía moderarse el rigor de las Constituciones. Dividiéronse en partes iguales los votos respecto de esto último, queriendo unos que quedase la Orden como estaba, y éste era el partido de José y de los buenos Religiosos; y deseando los otros que fuera reducida á simple Congregación, opinando así el Visitador y los suyos: claro está que entre estos últimos estaba el Asesor. No pudiendo ponerse de acuerdo, resolvieron pedir al Soberano Pontífice otro Cardenal que decidiera. Entre tanto, no perdieron el tiempo los adversarios, y el Santo escribía el 19 de marzo al P. Berro. «Según he oído, con todo su poder ayudan á nuestros adversarios el Asesor y el P. Visitador. No nos queda que hacer más que encomendarnos á Dios que no tardará en proporcionarnos los medios necesarios para salir de la dificultad. Dicen que en la reunión de los Cardenales no se ha hablado más que de la obediencia debida al P. Esteban.» Y en efecto, para ocultar su derrota, pretendían los dos cómplices que la Congregación no se había ocupado en aquella cuestión en que ni siquiera se había pensado.

¡Cosa admirable! en tan deshecha borrasca seguían llegando peticiones de Escuelas de todas partes. Las hemos tratado todas en un capítulo, para no interrumpir esta relación. Las recordamos, sin embargo, para que se vea la estimación en que se tenía á aquel perseguido Instituto. Pero no estaba el tiempo para fundaciones: había que pensar en cerrar las casas más florecientes.

Morian muchos Religiosos, y no había como reemplazarlos: